

JOAQUÍN DICENTA

REBELDÍA

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Apdo. 1625 MONTERREY, MEXICO

CASA EDITORIAL
EDUARDO DOMENECH
BARCELONA

098550

33319



FONDO
RICARDO COVARRUBIAS

ES PROPIEDAD

BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
FONDO RICARDO COVARRUBIAS



CAPITULO I

A la puerta del cafetín platican los señoritos de la aldea. Da el cafetín sobre la ría y enfrente con la barra, donde rompe ahora el océano en ténues y acariciadoras espumas. La sombra de un toldo refresca aquel delicioso lugar, y los señoritos esperan, entre sorbo y sorbo de cerveza o vermouth, el regreso de los botes que han de recoger a los bañistas en la vecina playa.

Son estos señoritos, aparte caudales y vestir, tan aldeanos como los de boina y chaquetilla marinera. Solo de paso van, si es preciso el

viaje o la fiesta mayor, a la capital provinciana. De Madrid saben por los periódicos; de letra por milagro patente del maestro de primera enseñanza.

Ricos están por los méritos de sus padres, que en el almacén, en la tienda o en la fábrica escabechera, realizan su Agosto todos los doce meses, cuando no en la campiña, donde recogen pródigas cosechas de hierba, guardada usurariamente en los silos, al acecho de épocas de escasez.

Honrados son a carta cabal los benditos señores. Descantando el acaparamiento de la hierba, el aumento de algunos gramos a las pesas de sus almacenes, el acortamiento del metro en sus medidas, el aguar el vino, el mermar el aceite y el caciquear unas miajas, no hay que ponerles pero.

Allá, cuando el maestro de escuela expidió a las criaturas de estos padres, certificado de sapiencia, enviáronlos al instituto provincial. Pocos ascendieron a bachilleres; (la

influencia tiene sus límites) y los padres hartos de gastar en vicios y gandulerías el fruto de los tragines comerciales, decidieron retornar a sus vástagos.

En la aldea viven bajo el cielo gris de la montaña, juntando bolas sobre la mesa del billar, jugando a los naipes en el café, tumbando mozas en las romerías y cazando liebres y codornices. No abundan estas mucho, pero hay las suficientes a justificar el gasto de los perros.

Petrificados por la holganza y roídos por la estolidez, vegetan los señoritos aldeanos, mientras salta la paterna herencia, o viene el casorio con alguna moza de su prosapia y condición.

Aumentan el grupo señorial algunos indianos de entra y sal. Fueron a América, ahorraron, en seis o siete años de bestial servidumbre, unos centenares de pesos y regresaron al poblado presumiendo de ricos, con su golpe de cadena, extraplano, sortijón de piedra brasileña y camisa de cuello en pie.

Admitenles al trato suyo los notables mientras dura el gasto de los pesos. Gástanlos grotescamente los indios de similor en espera de que les traiga su deslumbre bodorio; y al cabo de unos meses regresan a Indias sin dinero y sin novia. Desde América siguen mintiendo montes de oro a sus padres y hermanos que ven el oro en las letras escritas y las pesetas no ven en las de cambio.

Los indios ricos son mundo aparte. Viven a usanza de feudales señores en sus restauradas caserías y a regañadientes otorgan el saludo.

Zafos, groserotes, sudando la riqueza en gotas de brillantes por dedos, puños y corbatas, pasan graves dentro del coche campesino, exhibiendo bajo el jipijapa, si es verano, bajo el gaucha de castor, si es invierno, sus inmóviles carazas, amén de la india que se les ayuntó allá abajo y de la prole verdinegra, producto del cruce.

Descontando indios de entra y sal, el círculo señorial de la aldea es *sancta sanctorum*.

Hay en estos lugares más separaciones y etiquetas que en las grandes ciudades. También usan Gotha los personajes aldeanos. Quien no ajusta con los ritos del almanaque, raza inferior es para los caballeros de talega en arca y metro en ristre. Girando dentro de sí propio, vive este señorío los tristes inviernos montañoses.

Los hombres miran caer la lluvia por los cristales del café, aumentando el vaho de la niebla con los humos de sus puros de *a quince*, enviándose *anarracos* en la mesilla verde y comentando sus conquistas: ¡pobres conquististas de hembras mal lavadas, a quienes rinden los mandatos del hambre y no los decretos del amor!... Con una hogaza ganan aquellos donjuanes a las mozas. En cada beso cobran los intereses de un mendrugo de pan.

Las señoritas, sin perjuicio de odiarse y envidiarse una a una, forman congregación ridícula que va unánime a la novena y al paseo, a la romería y al confesonario. Tra-

ducen sus resquemores solteriles en murmuraciones contra las pescadoras que aman al libre por cercas y peñas y matojos; y aguardan ojeras a que sus padres concierten bodas para ser esposas de hombre ante el señor cura y dar clientela infantil al Gotha de la vanidad lugareña.

Pasó el invierno montañés con su océano babeador de espumas, con sus cielos ceniza, con sus prados gotearantes de escarcha, con sus caserías rezumosas, donde el humo de las chimeneas es una niebla más, con sus caminos embarrados, donde sólo tienen voz el monótono golpear de la lluvia, el chirrido áspero de la carreta y el canto del gañán que se acompaña con los zuecos aguijando los bueyes.

Al presente es estío. Sobre un cielo de pálidos azules, luce esplendoroso, con blancuras aceradas, el sol.

Lluvia de plata son los átomos tibios de su lumbre golpeando contra la ría. Esta se hincha al impulso de la marea y va subiendo, subien-

do en caricia húmeda y lasciva, al largo de la playa. Encaje es la espuma que se riza sobre la arena.

Hasta el arenal de oro bajan los prados verdes, haciendo congreso de matices. Las montañas lejanas se difuminan entre gasas color violeta. El pueblo blanquea con resplandor alabastrino. El ruinoso castillo, a cuyos pies tiró anclas la escuadra del almirante Bonifaz, se inclina sobre el espejo de la ría como un viejo temblón y añorante. El templo románico se yergue en una altura dominando a la aldea, sonriendo con la boca de su alto campanario, a la casa plateresca del inquisidor Corro; ella también sonríe a la iglesia por los huecos de sus desconchados balcones. Es un saludo de comadres.

A espaldas de la iglesia se abocetan los picos de Europa, triunfadores sobre la atmósfera; coronados de hielo.

Lejos, tras la barra, alientan las aguas del océano.

Ni un pliegue, ni una espuma hay

en él. Silencioso, profundo, con tonos prusia y esmeralda, baja el mar desmayadamente desde los confines del espacio. Allí se juntan cielo y agua. Una bruma rosácea oculta la caricia.

Al pueblo llega con sonos reidores el vocerío de la playa. Entre las olas van y vienen siluetas que ennegrece y remarca el sol, dándoles tonos de aguafuerte; un barquero, medio tendido en la popa del bote, deja que el bote le columpie, y canta con soñolienta voz:

Marinera, marinera
conmigo a la barca ven;
donde quieras, marinera
en ella te llevaré.

Los remos caídos al descuido por los costados de la lancha, rozan a cada balanceo las ondas, dibujando signos de espuma en su cristal. Díjérase que los remos van copiando las canciones del hombre para que el agua las conduzca hasta la hembra querida.

El cantor es Güiro, un mocetón de veintiseis años, más alegre que mañana de sol. Pescar es su oficio; a

su cargo corren una trainera y dos botes que dejó su padre al morir. Con ellos ayuda al sostén de una madre y cuatro hermanucos.

Hoy no se hizo a la mar y patronea uno de los botes, al objeto de traer y llevar bañistas de la playa al pueblo y del pueblo a la playa. Más ganancia dejan los veraneantes que los peces. Menor es el trabajo y ninguno el riesgo.

Lo malo es que hoy se tarda el pasaje más de lo corriente y Güiro ha de ver a *la Cantora* antes de mediodía. Fué la moza a vender sardina por los pueblos del interior y es de monta y prisa el recado. Vaya que siempre entretiene la venta. No es fácil engañar a los compradores y sacarles unas perrucas sobre el precio usual. Aparte de que ella, si no le vé en el muelle, encontrará pretexto para retardar el camino. Todo será que su padre la caliente el lomo con un retorcido de cáñamo; y esto no es para la moza novedad. Seguro que la tropieza antes de comer. En tal confianza dormita Güiro al sol, can-

turreando una canción que los otros barqueros corean con el estridente ¡jujuy!...

—Buen verano, Güiro — grita al mozo uno de los barqueros.—Más de cuarenta madrileños pasan por tus botes a diario; y la tarde y la trainera libres.

—Todo es menester — responde Güiro interrumpiendo su cantar — que en la mi casa muchos hay y el invierno es largo y el vino no danlo gratis en la tienda. Todo es menester;—sigue—aluego ciérrase la barra y has de estarte papando moscas en los barandales del puente o pescando zataros que pa el caso y pa la tripa menos aún que moscas resultan.

—Razón llevas—murmura el viejo; y, dando rostro a la playa prosigue:—Allá vienen los tuyos, Güiro. Prepara la plancha, que los madrileños no gustan de mojarse los pies.

Güiro se alza de sobre el banco, iza el arpeo, empuña los remos y haciendo que su bote emproe con la arena deja caer a la playa un tablón:

luego salta y queda sujetando la barca, con el agua hasta las rodillas.

En su carota noble, vive la risa como en su palacio natural.

Siempre están abiertos sus labios para lucir la dentadura; si alguna vez se cierran los labios, siguen sonriendo los ojos con reír granujón.

Sobre el pecho del botero se abre una blusa roja; ceñida a los riñones va por ancha faja azul; azules son los pantalones que remangados lleva; herculianas las pantorrillas; anchotes los pies para resistir sobre la trainera los trallazos del vendabal y el peloteo de las olas.

—Aún te queda otro viaje—afirma el viejo, dirigiéndose a Güiro.

—¡El más güeno!—añade otro.—El pintor y el músico pagan sin regateos. A la cuenta, vénoles herencia de Ultramar.

—Bien pagan—dice Güiro—y aún mal pagándolo, sirviéales con mejor voluntad que a denguno. Son francotes y de amigo a amigo me tratan; no como los otros bañistas. Danse estos mucho pisto; tal que si fueran

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

"ALFONSO REYES"

Edo. 1625 MONTERREY, MEXICO

príncipes; aluego pué ser que en los Madriles se hinchen de borona.

—No hay borona en la corte.

—Habrá mendrugos y con ellos harán las sopas los que ahora todo refúñanlo. El músico y el pintor son distintos. ¡Y qué buenos cigarros fuman!

—Algo locos deben estar. El otro día que fuistes a gibiones alquilóme el músico la lancha; metióse dentro de ella con una caja que parecía ataud de niño y cuando estuvimos en la mar sacó de la caja un vigolín y dale que dale, estúvose más de dos horas rascando las cuerdas y hablando sólo en tan y mientras que rascaba. Ello sí, tocar toca bien; ningún ciego de los que aportan a la aldea le pué competir.

—¡Pues y don Alberto, el pintor! ¿Haisle visto, cuando está dale que le das a la brocha, frente aquel cachote de lienzo, grande como una vela? Ojos de loco pone a veces; muchas se encara con las olas y les dice sermones. Si está la mar bella, pónese de un humor de perros.

—¡Porque la marejá cuadra más pa la su pintura!—interrumpe Güiro.
—¡Y qué ola, Dios, qué ola la primera del cuadro! ¡La que rompe encima de la playa!... Tal que de veras es. A la cuenta, si ella sonara, podría juntarse con las otras, sin que un Cristo dijera cual era la pintá y cual no. ¡Paice mentira que revolviendo colorines puán salir personas y casas y montañas! ¡Ni que fuera brujo don Alberto! Pues ¿y el mi retrato? Hablando estoy, con la pipa entre la dentaura y echando más humo que una vapura en viaje. Pa la rifa entrégolo. ¡Bien voy a presumir con las señoritas de la tómbola!

—¡Que lo digas, Güiro, que lo digas! Y bien van a presumir con tus parroquianos las Escritoras. Han tomado en serio el cortejo.

—¡Probecillas!... Mal hacen. Estos galanes de verano son como costera de bonito: duran hasta el Setiembre.

—Ellas estanse dos mozucas, de la virgen; váyase con Dios.

—¡Tan guapas, como pobres! Señoritas sin aquel ande apoyar el se-

ñorío. Mala suerte es la suya. Pa nosotros los pescaores, mucho son. Pa los señoritos que sólo se pagan de la plata, son poco. Ruín cosecha les aseguro. Con palma han de morir, si no tiran por la calle de enmedio, Ea, ya está ahí mi flete.

Güiro afirma el tablón y tiende la mano a los bañistas.

Diez y ocho o veinte son, entre mujeres y hombres. Llevan las mujeres trajes de percal y anchas sombrillas de estrepitosos colorines. Los hombres se doblan el pantalón hasta los tobillos y gastan sombreros de paja que por su uniformidad parecen adquiridos en saldo. Bien es cierto que también ellos y ellas parecen saldo de personas.

Los remos caen sobre las aguas salpicando el bote con burbujas de plata y el bote avanza por la ría bajo la divina lumbre del sol. A sus rayos, vistas de lejos, desde las arenas de la playa, parecen las sombrillas enormes flores rojas, azules, anaranjadas, violeta... Una cabecea entre las demás como un lirio gigante.

Mansas van las aguas a morir en los escalones del puerto. Despacio va el bote recreándose con el dulce baño solar. Del paisaje se desprenden hálitos de caricia.

A la sombra del toldo los señoritos beben y platican, volviendo al paisaje la espalda.





CAPITULO II

EN la playa apenas queda gente. Unos por la ría, otros por la estrecha franja de arena que al puente de los veintiocho ojos conduce, los bañistas se dirigen hacia la aldea, en busca del yantar.

El fogón de la Gaspara, próximo al balneario, desborda humo por la redonda chimenea. Sus ventanas, de par en par abiertas, envían al aire excitante olor de pesca en fritura. Al requerimiento de este olor acuden los bañeros, sin mudarse las mojadadas ropas de franela.

Junto a unas rocas trabajan Alber-

to y Enrique, el pintor y el músico, de quienes hicieron conversación los barqueros.

El músico, recostado contra un peñote, repasa unas cuartillas donde hay notas musicales escritas con lápiz. De tiempo en tiempo se incorpora, tacha algunos signos, escribe otros y vuelve a revisar los papeles. A veces los deja resbalar por sus manos, poniendo vista en el cielo azul y oído a los rumores de las olas.

Pasa entonces por sus ojos un relámpago creador, sus largos cabellos se encrespan y sus labios se mueven pronunciando frases sueltas, desarticuladas, imprecisas.

El pintor trabaja frente a un lienzo de dos metros en cuadro. Tiembla febril la mano donde la paleta se afirma, titubea la que maneja los pinceles, antes de tocar en el lienzo. Los ojos del artista se recogen tras los párpados entornados para absorber los más insignificantes matices de la luz; una arruga contrae su frente descubierta por el sombrero que le cae hacia atrás; hacia atrás

se inclinan su cabeza y su cuello para que los ojos estudien el efecto de cada pincelazo.

—¡Nada!.. ¡Nada!.. Hoy sería inútil, completamente inútil—exclama Alberto, arrojando al suelo los pinceles.—Esta maldita luz tiene brillantes asesinas, que destruirían el conjunto de la obra. ¡Bien pudo el sol esconderse entre nubes y enviarme su luz como la necesito: dulce, grisácea, cernida por gasas color de ópalo! Esta es una luz repugnante, sencillamente repugnante. ¡No hay manera de trabajar! Como dé el sol montañés en volverse andaluz, quedará sin concluir mi cuadro. Los paisajes de la montaña no están hechos a los descaros del sol. Aquí para nublarse es una obligación del astro. Cuando la cumple, el verde de los montes se difumina sobre los grises de la atmósfera y es terciopelo mate, no seda lustrosa como en este momento. Luego, al brillo del sol, las líneas de la cordillera parecen costillas de un esqueleto enorme. Yo quiero esas líneas suaves,

redondeadas, como una carne de mujer. Así harían contraste con las bravuras de este mar. ¿Y el mar? ¿Has visto qué ridículo está hoy? ¡Ni una ola formal! Olillas que mueren suspirando en la playa y apenas al tocar la barra se encreñan. ¡Ni un manotazo de espuma contra los picos del rocaje!... ¡Ah, mar azul, de un azul hipócritamente mediterráneo! ¡El océano azul y tranquilo!... Eso es estafar a un colega. ¿Qué dirán las playas de Alicante y de Málaga? No, amigo océano; yo te quiero con tus matices verdinegros, con tus crispaciones monstruosas, con tus espumas color bilis. Tal soñé mi cuadro. Tal me hace falta para que la barca caiga volcada en tus remolinos y la ola se combe como una montaña desprendida de lo alto sobre los naufragos que bracean y rugen. ¡Así has de ser, como eras en estos días anteriores! ¿Verdad tú que llevo razón?

—¿Decías?—contesta Enrique alzando la cabeza.

—Decía que soy un estúpido ha-

blándote. Sigue, sigue con tus garabatos y perdona que te haya sacado del sueño musical.

—El sueño huyó, Alberto. El mar suena a besos, el aire a diálogo de amor. Yo necesito oír sollozos y cólericas imprecaciones. Otro día será. ¿Adelantaste mucho?

—Ni un brochazo.

—Yo peor aún. Las correcciones hechas resultan una imbecilidad. Estaba mejor antes. ¡Ea, ea! cuando la inspiración dice no es inútil emperrarse contra ella.

Enrique, doblando sus cuartillas, las mete en un bolsillo de su americana de dril.

—¡Mañana perdida!—dice Alberto limpiando los pinceles.

—Nada se pierde, Alberto. Los mismos instantes de esterilidad, de lucha infructuosa, son gimnasia que nos dispone para producir. Calmas semejantes a la del océano. Dentro de él y dentro de nosotros vive la fuerza triunfadora... Después de todo, si el término de nuestra labor se retrasa unos días, también se re-

trasará nuestro viaje, y algo hay en la aldea que nos retiene con lazos de placentera esclavitud. ¡Son encantadoras!

—¡Encantadoras!.. En mes y medio que las trato, se me ha entrado Julia en el corazón.

—Y Dolores a mí. No es lo peor que ellas se hayan entrado en nuestros corazones; lo peor es que nosotros vamos metiéndonos en los suyos.

—¿Por qué lo peor?

—Porque el verano acaba y lo que para nosotros será grato recuerdo, será para ellas, acaso y sin acaso, un pesar. Hemos hecho mal en jugar al amor con ellas. ¡Pobres niñas!

—¿Pobres?; o felices. ¿Quién sabe? Siempre es dicha el amor, aún cuando como el nuestro no haya llegado a la divina plenitud de la posesión. Felices somos adorando a esas criaturas. ¿Por qué no han de serlo ellas adorándonos a nosotros? Dejemos que el amor nos lleve. Ley es de amor que ha de seguirse con los ojos cerrados.

—¿Te pone el paisaje romántico?

—Me pone romántico el recuerdo de Julia. ¿Quién iba a decirnos que tropezaríamos, en un lugarón, con dos criaturas así?

—Verdad. Siguiendo tu parrafería romántica, vale decir que sólo el viento de la desgracia pudo arrojarlas a esta aldea.

—A ella vino a morir el padre. ¡Lástima de hombre!.. Algunas veces nos hemos deleitado recitando sus versos. ¡Cuánto peleó!.. Cuando tocaba el triunfo, la maldita parálisis acabó con su inteligencia. Menos mal que la mujer tenía en este rincón de la montaña una casuca y unos prados. Si no, hubieran pedido limosna. Aquí vivieron, aquí murió el padre, olvidado de todo el mundo, hasta el otro día de morir. Entonces hicieron artículos encomiásticos los periódicos y dió el Ateneo una velada fúnebre.

—Y aquí viven las hijas, en este ambiente de miseria intelectual y moral. ¡Ellas, hechas desde que nacieron al ambiente libre del arte!..

—Tenías razón al decir pobres niñas... ¡Pobres!... No por amarnos, por su pobreza, por su vivir en este pueblo, todo sordidez y egoísmo.

—La madre es una santa.

—Y ellas dos hermosuras. A más inteligentes y seductoras, cada cual por su estilo. Si en Dolores atraen la dulzura y la resignación, atraen en Julia las bravezas y la energía. ¡Muy dentro de mí está!... ¡Ay, si ella quisiera!... ¡Si no la aterrara esta condición mía que a ningún lazo reglamentado se quiere sujetar!...

Hubo un silencio. Enrique sacó de nuevo las cuartillas y se puso a escribir. Alberto quedó inmóvil, boca abajo sobre la arena, acariciando distraídamente su pincel dando frente al mar, clavando sus ojos en las olas

En aquella pausa los dedos de Alberto oprimen el pincel y convirtiendo en estilo su mango, trazan rayas maquinales sobre la arena. Las rayas forman letras: las letras dejan dibujado una y otra vez este nombre: *Julia*.

Por un sendero que en suave pendiente conduce desde la montaña a la playa descenden tres mujeres.

Una de ellas cubre con negra sombrilla su cabellera blanca y se apoya en el brazo de una muchacha joven.

Otra joven camina delante de las dos. Alta es, graciosa y firme en el andar. Sus ojos, de un azul oscuro, relampaguean entre el pestañal retorcido; sus cabellos tienen matiz de bronce sin pulir; blancos dientes asoman por los corales de sus labios; la barba es fuerte; redondo el cuello que la chaquetilla de batista descubre; alto el seno, estrecha la cintura y menudos los pies. Una sombrilla roja hace pabellón a su rostro y lo empurpura con reflejos de llama.

—¡Ay, Julia, Julia!—dice con voz dulce la madre.—Olvidas que estas piernas mías van perdiendo el vigor. ¡También fué capricho traernos por la montaña abajo, a cuenta de volver al pueblo por el caminito que nos condujo a la Colonia!

—Poco es el rodeo, mamá — res-

ponde Julia, deteniéndose para reunirse al grupo que forma su hermana con la madre.—Luego que te conviene andar. El médico te lo tiene ordenado: paseo y distracción. Eso repite a todas horas D. Antonio.

—Distracción ya la tuve arriba, en la colonia.

—Y lágrimas — interrumpe Dolores.

—Lágrimas así traen más consuelo que dolor. Amigo de tu padre fué uno de los profesores encargados de la colonia; de tu padre hablamos y con las memorias se me vino el llanto a los ojos. Pero llorando, fuí dichosa. ¡Creí volver a los tiempos en que vivía él! ¡Qué existencia tan contraria a la de hoy soñaba para vosotras dos!... En fin...

—No vale la pena entristecerse, que ahora serían de amargura las lágrimas—dice Julia.—Ea, dame la mano; aquí está el camino difícil. ¡Ajajá!... Ya tocamos la playa. Por ella, pian pianito al pueblo.

—¡Qué encanto de chiquillos! Un cielo parece la colonia.

—Verdad es, Dolores. Suéltame, por aquí puedo andar sin apoyo. Pero no vayáis tan deprisa. ¡Ah!... Ya me explico el afán de Julia por venir a la playa. Alberto y Enrique están junto a las peñas. Mal hacéis, hijas mías, mal hacéis en acariciar ilusiones que no deben realizarse.

Y la señora de los cabellos blancos sonrío, contemplando a sus hijas con ojos de ternura y bondad.

Sus hijas no la escuchan. Juntas, cogidas por los talles, con paso ligero y coquetón siguen playa adelante. Las sombrillas se abren detrás de sus cabezas; mézclase el azul de la una con el rojo de la otra, y entre rojos y azules gallardean las dos cabecitas juveniles; el aire trae y lleva, mezclándolos también, mechones rubios de la cabellera de Dolores, mechones bronceos de la cabellera de Julia; una misma dirección siguen los ojos dulces de aquélla y los ojos apasionados de ésta; una misma esperanza hay en el sonreír de sus bocas. Amor las con-

duce, enlazadas por la cintura, al encuentro de los dos hombres que sueñan allá abajo, pronunciando mentalmente sus nombres, escribiéndolos sobre arena de oro que la alta marea cubrirá.



CAPITULO III

ES humilde la casa, edificada sobre una calleja que linda con el campo. Llégase a los muros por un huertecillo donde las urgencias del vivir no dan cuartel al jardineo. Coles, patatas y judías son principal ornamento en aquella verdura. Sólo frente a la puerta se descubren planteles de rosas, de margaritas y geranios. Las rosas murieron a los rayos de Julio. Las margaritas se abren tímidas, inclinándose ante el aire que las acaricia en señor. Los geranios, de encendido matiz, cabecean gallardos, con